

EL ACCESO A LA ESFERA FENOMÉNICA DE LA CULTURA

a) *La esfera fenoménica como "campo" cultural*

En la concepción del siglo xx el hombre es primordialmente hombre de cultura, miembro de un pueblo de cultura. Este hecho es tan fundamental, que nos cuesta trabajo elevar a la conciencia nuestra existencia como conceptualmente separada de la esfera fenoménica de la cultura. Un ingrediente del medio de comunicación cultural es el lingüístico. De tal manera estamos absorbidos por esta clase de medio en cada situación y en cada instante de nuestra existencia, que no logramos siquiera sólo ficticiamente pensarnos separados o totalmente divididos de él. Incluso cuando tratamos de concebirnos como un yo, que obstinado o desdeñoso de los hombres rompe el puente hacia el tú, estamos supeditados al medio de una caracterización con recursos comunicativos, que se nutren del *réservoir* milenario, siempre renovadamente activado, de relaciones simbólicas étnicas. Aun el sufrir de soledad y aislamiento da testimonio del hecho de que no podemos ni escapar al medio cultural, ni extraviarnos de él. Ya el cazador paleolítico estaba inmerso en el medio cultural. Un autoaislamiento y una actitud egocéntrica son el producto tardío más o menos patológico, que presupone el subsuelo de la inclusión cultural.

El término adecuado para una esfera fenoménica es el concepto de "campo". Este concepto no está, como el concepto de organismo, de cuerpo ("corpus christianum") o, por otro lado, de cosmos y de universo, usado frecuentemente como concepto de alternativa por los teóricos de la cultura, cargado de valoraciones, prejuicios y predecisiones acerca de la especie de conexión de los fenómenos. Nosotros hablamos de campo de actividad, campo de observación, campo de trabajo, campo de batalla, de investigación etnológica del campo y, en la simbólica religiosa, de los lirios en el campo y de los frutos del campo.

De Platón hasta Spengler los fenómenos culturales fueron subsumidos bajo el concepto totalitario de integridad y complexión del organismo. Nos acercaremos al concepto de campo cultural paso a paso hasta llegar a decir más precisamente lo que entendemos bajo "campo de la cultura".

Provisionalmente puede decirse que con "campo de la cultura", o "campo cultural de fuerza", se designa el conjunto de todos los fenómenos culturales como esfera general de manifestación. En esta formación del concepto no se implica que los fenómenos entren en una unidad óptica que se pudiera

hipostasiar; en otras palabras, que todos conjuntamente sean visibles y apreciables, y que constituyan en sentido escolástico una genuina *universitas ante rem*, una universalidad conceptualmente preordenada a las manifestaciones singulares o datos. No se implica tampoco que su compenetración intercomunicativa y la generalidad del carácter fenoménico cultural formen o integren una substancia metafísica. Campo es el término para la comunidad que corresponde a los fenómenos en cuanto fenómenos culturales. Las propiedades estructurales de esta comunidad serán examinadas en el desarrollo de esta investigación, y con ello se levantarán ante nuestros ojos las zonas estructurales del campo de fuerza cultural.

La ambigüedad del término "campo" favorece a la teoría de la cultura. Campo es, por una parte, una región abierta al horizonte, en la cual se mueven espontáneamente gérmenes naturales, y por otra, un medio descubierto por el maduro lenguaje simbólico físico-matemático, a partir de las interacciones de partículas, que están también, irradiando, incrustadas en este medio, su campo. En tal sentido se encuentran y se unen en el fenómeno del campo naturaleza y espíritu, *existencia* concreta y *esencia* diferenciada.

Un campo no es *ex definitione* un todo autárquico cerrado en sí, sino que se extiende a horizontes abiertos sin perjuicio de su cohesión interna. Los límites del campo cultural se pierden hacia arriba en la infinitud intensiva de lo religioso-numinoso y, dentro de la amplitud del horizonte, en la inmensidad de la naturaleza. Las concepciones de organismo, de cosmos, de "*corpus mysticum*" antropomorfo, no son, a causa de su autárquico encerramiento referido a sí mismo, modelos idóneos o adecuados para la conexión de los fenómenos culturales. Ciertamente el campo cultural no es limitado por lo heterogéneo, por lo que no tiene forma de campo, con lo cual choca en dos direcciones diametralmente opuestas. Pues, tanto la naturaleza como también lo numinoso, son infinitudes radicalmente inconcebibles, y en ningún caso entidades que en cuanto tales sólo tengan la propiedad de limitar algo diferente. Entre ambas realidades horizontales y el campo cultural no existe puente de comparación ni homogeneidad que haga posible un equilibrio, por inestable que fuera.

En el campo de fuerza electromagnético del universo, que Einstein identifica con el espacio geométrico purificado del éter material, las partículas individuales, las "singularizaciones", son, mientras la naturaleza subsista, inmortales y de constancia indestructible. Ellas no están, como los endebles individuos del campo de fuerza cultural, expuestas a las tormentas de una eternidad religiosa. Ciertamente, según A. N. Whitehead, cuando la época de creación del *saeculum saeculorum* haya pasado, la creación natural con sus partículas individuales será recogida de nuevo en la eternidad del Creador, y sufrirá entonces su muerte y su "último juicio".

La esfera fenoménica cultural o el campo de fuerza es sometido a dos formas distintas de consideración, que se comportan complementariamente. La teoría *fundamental* investiga la *esencia* del campo y establece las generalidades estructurales universales. Los rasgos de estructura ganados son directamente enriquecidos por una teoría concretizadora con atributos, que se tomaron de los contenidos realizados del campo de fuerza. De modo análogo, sólo mediante un rodeo por sobre complicadas leyes de “acercamiento a la realidad”, las *más universales* leyes del campo de fuerza electromagnético guardan relación hacia las constituciones de los fenómenos de campo *concretos*, de los soles, planetas, nebulosas espirales y sistemas galácticos, así como hacia los años luz de sus distancias espacio-temporales.

En medio de la presente civilización mundial económico-técnico-imperialista el acceso consciente al amplio y diferenciado conjunto del campo cultural es obstruido por una predominante, destacada y egocéntrica tendencia de intereses. Frente a la alta cultura medieval el punto de gravedad dentro del campo se desplazó en favor de la razón de estado, de la política de partido y del éxito económico. Un aislamiento o separación del campo sería de antemano imposible o irrealizable. El egocéntrico hombre de poder, o el hombre común, ciego cultural y espiritualmente, se mueven sin duda en la *esencia* del campo; pero, como un hombre de cultura, mutilado y empobrecido, se niega él la *posibilidad de concretización* en literatura, filosofía, poesía y en la esfera simbólica religiosa. En cuanto que no posee relación hacia una polifonía de los fenómenos culturalmente maduros, su aspecto cultural es *de un estrato*, restringido a su afán egocéntrico. Literatura, filosofía y religión convencional de iglesia son dirigidas en este caso utilitariamente a medios del afán de éxito, de la competencia de rendimiento nacional, colectiva o privada. La actitud “*uniestratal*” hacia la cultura ha sido elevada en los sistemas *totalitarios* a *principio* y programa de acción, mientras que en el “mundo libre” se impone como un *factum* ingenuo, contra el cual, sin embargo, se eleva frecuentemente la voz de la conciencia.

En instantes de necesidad vital y de crisis de la existencia, en una conmoción anímica o en la hora de un triunfo espiritual la “uniestratalidad” es rota. Entonces el agitado espíritu se ve arrastrado a formaciones aún desconocidas, a vórtices, desniveles y abismos de su medio de existencia cultural.

La uniestratalidad se mantiene firme en tanto el engranaje cotidiano se regula aparentemente por sí mismo y en tanto prospera con sus propios medios. Si el fundamento de la existencia es agitado más profundamente, las ondas se propagan a través de todo el campo de fuerza. Pero los focos de excitación no entran en el círculo visual.

b) *El cosmopolita práctico y el campo*

En todo el planeta, la con mucho predominante masa de los hombres está preocupada en forma tan exclusiva con los problemas vitales prácticos del éxito profesional, de la elevación de salarios y consumo, de la política del día, del entretenimiento social y del goce sensual de la vida, que elementos culturales en forma de exposiciones de arte, funciones teatrales, lecturas serias y profundizamiento religioso por regla sólo entran ocasional e inconexamente en el marco de la atención. Se podría hablar de una irreflexiva o totalmente descuidada uniestratalidad de la conciencia cotidiana de las grandes masas, a las que pertenece en este aspecto la mayoría de los así llamados "cultos". La relación hacia los bienes de la cultura, como dijo Nietzsche, es frívola y superficial. En forma de libros de bolsillo y de discos gramofónicos, que se coleccionan al azar, la hasta ahora exquisita y exigente herencia cultural es entregada al insaciable apetito de la voracidad de millones. Se reduce la cosa a un estrato del consumo. Éste no soporta que se le escatime algo comprable. Se trata —en la relación del hombre medio hacia el campo de la cultura— de una uniestratalidad *de facto*, de una conducta irreflexiva, que se siente totalmente en su derecho y que tomaría toda otra alternativa como una exigencia. Del lado del ambicioso político o económico más o menos "totalitario", en cambio, la uniestratalidad, la mediatización de toda cultura para provecho de la práctica, se ha hecho programa conscientemente ejercido y agresivamente ejecutado. Jefes de la economía del siglo XIX trataban a los hijos que se dedicaban porfiada y "fanáticamente" a la literatura, a la música y a la filosofía, como descartados, como tipos enfermizos y dignos de compasión, como escapistas que se desviaban "de la seriedad de la existencia". El alejamiento de la cultura está mezclado con enemistad a la cultura. En el drama expresionista de los Años Veinte los hijos se escapan violentamente del abandono espiritual.

Para la conciencia uniestratal la seriedad de la existencia toma cuerpo sólo en la esfera práctica de actividad del hombre de negocios, del político de partido y del funcionario social. El *common sense* anglosajón designa a los artistas o intelectuales frívolos, como *cranks* o *high brows* o *egg heads*. Son inconstantes y no muy dignos de confianza, y existen propiamente sólo como parásitos de aquellos que toman sobre sus hombros la responsabilidad práctica. Lenin hizo mofa de la "incapacidad de decisión" de la "decadente" inteligencia rusa, que no quería luchar con los trabajadores comunistas.

Cada cual vive *también* y, prescindiendo de los "raros" momentos valiosos, incluso durante la *mayor parte* del tiempo de su existencia, en el mundo cotidiano práctico, aun un Ignacio de Loyola, un Bach, un Leibniz o un Goethe. Este mundo cotidiano forma la zona civilizadora elemental del cam-

po de la cultura. Los instantes preciosos emergen en ella y de ella, y están consolidados y relacionados unos a otros según leyes estructurales propias. Para un escultor o un lírico, que lucha con sus particulares problemas, precisamente la existencia cotidiana, que en general aparece "a cada uno" como lo normalmente dado y lo que simplemente debe aceptarse, se vuelve, en momentos de angustia, como los que describe sobrecogedoramente Benvenuto Cellini, horrible fantasma de todo abandono y agudización de una provocativa amenaza existencial. La falta de problemas de cada día existe sólo dentro de la fantasía cotidiana, que de ninguna manera queda siempre satisfecha consigo misma. En medio de cada día nos preguntamos: ¿dónde estamos nosotros realmente? ¿Dónde empieza y termina mi situación existencial? ¿Cuán profundamente estoy sumergido en ella? ¿Es quizá sin fondo? ¿Dónde terminan sus horizontes? Quizá nos espera un horror sin fin. "Somos" y no somos a la vez, porque no éramos antes y en breve ya no seremos, nunca más. Como la división del tiempo en decenas de años y en siglos sólo vale para los que son y sólo tiene un sentido para ellos en tanto "son" y "todavía son", entonces, cuando ya no son, el transcurrir del tiempo no está relacionado con ningún punto del yo y no está fijado. Si yo no existo, tres mil años transcurren exactamente tan rápido o lento como tres años, y todo tiempo absolutamente transcurre incontenible, no relacionado ni fijado. Mi esfuerzo por enlazar fijativamente a mi yo la extensión temporal de la esfera fenoménica cultural, *tiene* que fracasar.

La autoexperiencia del yo no es un legítimo y fructífero punto de partida para la exploración de los fenómenos culturales. Más bien las obras de la arquitectura, de la filosofía, de la simbólica mítica y épica llevan en su propia forma significativa la identificación de sí mismas y de su conexión estructural. Ellas emergen como concretizaciones del campo total rico en desniveles y de sus zonas. Los mitos religiosos de Egipto, las epopeyas de la India, las catedrales de la Edad Media, el Derecho Romano, el sistema de hipótesis de la ciencia y las construcciones teleológicas de la técnica no se pueden, aun con la más audaz fantasía, deducir de la situación anímica o de la genialidad de pensadores, visionarios u hombres prácticos individuales. Los principios estructurales, que actúan en la constitución de las complejas fuerzas de la cultura inspiradas en fuentes religiosas, no se pueden idear con base en la concepción de la *psyché* individual. Ésta es totalmente inadecuada para ellos. La fuerza explosiva del foco de excitación religioso-espiritual y de los elementos formados, que sostienen a aquéllos, hace saltar la esfera de la existencia individual, caso que ésta no se abra complacientemente y se entregue a las poderosas realidades. De cualquier modo, es posible, para la actitud egocéntrica que domina el primer plano de la presente civilización mundial económico-imperialista, insistir en el fundamento y de este modo, a través de la esfera psíquico-individual, "sacar de quicio" al limitado yo. El

moderno arte abstracto lleva a cabo frecuentemente una autoiluminación röntgeniana de la insostenible posición del actual hombre práctico desorientado. Éste persigue, de acuerdo con la documentación artística, su propia autoconsunción, su geometrización técnica o su primitivización primordial. Como ser subpersonal y colectivo de impulsos e intereses, se descompone en procesos elementales de colores o ruidos que juegan conjunta u opuestamente. Una proliferación de deseos y actividades desorbitadas y nunca saciadas se enlaza con empobrecimiento interno, con atrofia anímico-espiritual y mutilamiento. Una ornamentación que crece tropicalmente viene a ser el testimonio inmediato de la esterilidad de lo humano; ambas cosas son congruentes. Aun lo egocéntrico es un elemento del campo cultural; pero en el prominente hombre práctico y sibarita sus propias disposiciones estructurales se vuelven destructivamente contra él mismo, pues no sabe hacer con ellas nada trascendente. El impulso de perfeccionamiento se cambia en el de progreso sobre la misma monótona superficie: la del ensanche de poder, de producción y de consumo.

Una investigación del fondo psíquico-individual puede tropezar aún con estratos restantes de *humus*. Bajo la capa de eclesiásticas convenciones puede moverse auténtica vida religiosa. Jeremias Gotthelf mostró que la economía campesina, pasando a través de la parroquia hasta llegar a la ética cotidiana de trabajo, aún estaba enlazada a las corrientes tradicionales de la Gracia del Milenio Cristiano. En el subsuelo de muchas regiones de la cultura se mantienen incólumes en vida arte popular y folklore, despejo natural y sabiduría sentenciaría. Ahí el dominio de la moderna uniestratalidad es por lo menos combatido. Pero también en medio del Occidente industrial es cuestionable ahí donde los pioneros de la civilización técnica, en la prosecución de sus tareas intelectuales y constructivas, se ven obligados a recurrir a las reservas espirituales de todo trabajo racional civilizador. Con ello dejan la uniestratalidad del hombre práctico con anteojeras, que supuestamente se extiende sin oposición en este mundo. La actividad de pionero revela que esta moderna civilización práctica nació del espíritu de la *ratio* físico-matemático-tecnológica, y sigue naciendo. La esfera egocéntrica colectivista se muestra porosa y agujereada y, cerrada ante el espíritu de la *ratio*, pronto se disolvería. En la mascarada del rendimiento de provecho práctico el núcleo espiritual-racional de la despótica civilización ha sido ciertamente desfigurado hasta la inconocibilidad. Esa *ratio* se halla invertida en dependencias de consejeros profesionales, en administraciones, comités y gremios. Frecuentemente desaparece a la atención y observación en expedientes mantenidos secretos de industrias de armamento y potencias financieras rivalizantes. Las más de las veces el saber técnico es requerido en cada caso pragmáticamente y activado sólo según la necesidad. De cualquier modo, en la época de las máquinas elaboradoras de datos la absorción de conocimientos aprovechables

crece en progresión geométrica. La praxis no puede otra cosa, "toca" al espíritu, al que no comprende.

Porque el hombre práctico se vea obligado en cada caso por motivo de su propia conservación a hacer uso, mediante préstamo, del capital espiritual del campo de la cultura, no por eso, sin embargo, contribuye todavía a la integración de la civilización y a su inserción en los campos zonales de la cultura. Hasta cierto grado él estimula indudablemente al investigador, al ingeniero, al artista y al pensador religioso a abordar su dilema desde el dominio y con los recursos espirituales de éstos, pero, por lo menos en el mismo grado, ataca la propia dignidad existencial de las esferas creadoras no-utilitarias. De la religión espera él la "modernista" autorrenuncia de su peculiaridad, de su escatología no burguesa y no proletaria. Las Iglesias se inclinan, en parte apresuradamente, a condescender con los intereses de los contemporáneos oyentes de radio, poseídos del jazz, regateadores de tarifas y lectores de periódicos. La *ratio* constructiva de una investigación originariamente prometeica pone a disposición de las formas que compiten invenciones a la moda y refina abaratados procedimientos, que hacen a la civilización técnica crecer en yerba y no la fecundan más en su meollo. Ante lo "objetivo", ante las super-evidentes realidades, a las que rinde su culto la sociedad industrial nacional-política, ante los palacios de las Aseguradoras, las casas de apartamentos, los superrepletos sitios de estacionamiento, los campos petroleros y los almacenes de *selfservice*, el arte huye a lo "abstracto". La complicación económico-política del moderno afán de poder se sobrepone a afinidades espirituales, a lealtades religiosas, a comunidades objetivas y a lazos ético-tradicionales de los pueblos y de los grupos étnicos. Para un pensamiento político al nivel espiritual de un Aristóteles o de un Dante faltan puntos de aplicación y bases. Los intereses que actúan en la arena mundial político-económica se entretajan, sin bases comprensibles, en muestras que cambian kaleidoscópicamente. Hacen esto a espaldas de los actores y para su asombro. Los actores todos a la vez son superficialmente dominados por una autorregulación que los precede cual fantasma y los zarandea aquí y allá, desde un huidizo frente al frente contrario, y viceversa. La uniestratalidad del aspecto cultural conduce a una intercomunicación superficial, y ésta no sigue una iniciativa personal, una intención objetiva o un conocimiento. En esta superficialidad se desintegra la conexión estructural de la civilización práctica, que en las culturas antiguas había estado sujeta a una misión civilizadora unitaria y por lo mismo cerrada en sí y ensamblada.

El hombre práctico "puro", aespiritual, que vive sumido irreflexivamente en su vida cotidiana, es acomodaticio y astuto. Su defecto consiste en que, como pragmático consumado, se dedica sólo fragmentariamente a las tareas, que en cada caso se le presentan como urgentes en su estrecho círculo visual. Puede considerarse feliz, si de un caso a otro da con más profundas reservas

de inteligencia y fuerza, a fin de resolver las dificultades pragmáticas. No tiene la intención de ordenar unitariamente la realidad civilizadora dentro del nexo de una estructura cultural. Aun para el riguroso dirigente de estado bolchevique, la "realidad", como lo muestran las crisis de coordinación del bloque oriental, ha seguido siendo un frangollo. Para él, la próspera y funcionante organización de mercados occidental es el modelo no alcanzado aún. Los elementos de la realidad, que para un régimen arbitrario cualquiera están agrupados según el criterio de la utilidad, no se coordinan articuladamente en un campo de acción, pues el punto de referencia, que determina la utilidad o el posible rendimiento provechoso, se halla fuera del medio de su interrelación. La variable combinación y autorregulación, que se lleva a cabo a espaldas de interesados que sin obstáculos rivalizan y pactan, es de cualquier manera un *mínimo de organización estructural* en la zona más elemental del todo de la civilización — una "protoestructuración". En la ciencia histórica se designa con el prefijo "proto" la inacabada predisposición embrionaria hacia un orden de estado definitivamente caracterizable; se designa, por tanto, un antecesor presunto e incierto. En la protoestructura civilizadora falta la *intención personal de formación* y el arraigamiento del orden en personas y comunidades a su vez estructuradas, que hayan acogido en sí relaciones objetivas y contenidos ordenados. Esta protoestructura es anónima en su base y cambiante y fugaz en su realidad. A causa de su propagación superficial no se aviene con las "peculiares" estructuras supraordenadas, inmersas en lo personal y que se descargan en una formación objetiva. Al insuficiente enlace interno se une la insuficiente inserción en una jerarquía de estructuras. A la estructura elemental de intereses le falta salir a lo profundo y a lo elevado; toma rumbo ciegamente hacia sí misma. Pero con ello la maquinaria de intereses político-económicos se extiende sobre el "actual planeta" sin miramientos y sin oposición, como si tuviera que ser así y como si desde un principio éste fuera única y exclusivamente el correcto estado de las cosas.

Se olvida que en el drama histórico humano las relaciones pueden invertirse y que por espacio de siglos la civilización práctica se encontraba en el error y se quedaba con los deseos. Hombres celosos de la religión como Pablo o Lutero sólo tenían sentido para los imponderables de la liberación del pecado y eran ciegos para el negocio del "mundo" imperialista económico-técnico. Ellos no tenían interés por alguna formación literaria, por un estilo artístico o por una organización constructiva del derecho. En este caso, la falta de relaciones culturales de la rudimentaria zona práctica fue producida y establecida desde el lado eclesiástico-institucional con éxito funesto. De modo análogo, pero en forma menos decisiva, puede repercutir una filosofía radicalmente idealista o una poesía romántica o un arte místico. En estos casos se ofrecen paralelos con la uniestratalidad del aspecto

cultural, la que caracteriza al moderno criterio de intereses más o menos totalitario. El fluido del campo de fuerzas rico en tensión y con muchos grados es perjudicado, reducido y nivelado.

c) *El programa o paradigma sugestivo de un orden cultural pluriestratal y prospectivo*

La uniestratalidad del aspecto cultural se le insinúa al irreflexivo ir viviendo, en una dimensión existencial en la que las instituciones políticas y religioso-culturales son mediatizadas, es decir, degradadas a medios para el disfrute de un ensanchamiento del poder económico.

En medio de la praxis existencial dominante en el planeta se necesita un extraordinario impulso espiritual y decisión ética para respetar la integridad de las zonas culturales, del derecho, de la conciencia política, de la investigación de la verdad y de la creación artística, y para estimular programáticamente la polimorfe agilidad del campo total de la cultura.

Esferas culturales como la antigua y la medieval, en las que el universal afán utilitario político-económico todavía no domina tiránicamente la escena, no necesitan de ningún memento programático ni de ninguna exhortación extra, formulada en un modelo estructural, para atender al derecho del individuo y a la pluralidad de estratos de la esfera fenoménica cultural. La época de un Leibniz, un Bach, un Mozart o un Goethe no siente todavía la necesidad polémica de oponer a un sentimiento utilitario dominante un esquema cultural aún por realizarse. En medio del industrialismo sólo hombres como Jacob Burckhardt y Nietzsche se esfuerzan por una programación de la realización existencial perfecta.

Mientras cada individuo humano no patológicamente aislado vive y actúa de modo inevitable en el campo de fuerza de la cultura, la relación hacia la naciente *concretización* del campo se vuelve problema en un histórico final o comienzo de acto del drama del acaecer humano, y en el caso de la civilización industrial precisamente en una forma tan extrema, que la masa secularizada de los grupos pluralísticos de intereses pierde de vista su primordial estar inserto en el campo de la cultura y considera sus intereses prácticos como el único impulso primario de todo lo real. Frente a esto, Nietzsche recuerda a sus contemporáneos con pasión profética, que en primera línea y por principio son hombres de cultura y pueblo de cultura, y que estructuralmente pertenecen al campo. En forma suplementaria se ensayó él en un ejemplar y sugestivo modelo de concretización de la esperada y deseada cultura concreta y pluriestratal que se levantaba. Pero ese modelo prospectivo no lo sacó él de las internas disposiciones estructurales y de las coordinaciones de la esfera fenoménica o campo, sino que se orientó a formas estructurales ya concretizadas de la Historia, preferentemente al orden de

castas con estructura jurídica de Manú y al ideal de las "eternas construcciones" de la Roma de los Césares. Oswald Spengler, que se declaró discípulo de Nietzsche, se orientó íntegramente hacia la unidad autárquica del organismo biológico relacionada con funciones orgánicas internas, y hacia un fenómeno pre y subcultural. La super-evolución industrial de la civilización técnico-organizadora cae, según Spengler, absolutamente fuera del marco de la cultura "orgánica". Debido a la especialización de los amaestrados hombres de rebaño, con tipo de hormigas y sin cultura, todo enlace con lo orgánico está perdido. En realidad, la civilización práctica es la zona límite de un campo cultural abierto hacia la naturaleza y hacia lo numinoso. Con su propia regulación automática, su ciencia racional y su técnica, *no* se aviene según su esencia a la "totalidad" o "compleción" biológicas de una cultura individual, si ésta, como un ser vivo, nace, crece, envejece y se marchita.

El modelo sugestivo o paradigma concreto de una cultura pluriestratal naciente, como fue preseñalada en la esfera fenoménica, tiene que ser encontrada *realiter*. Una construcción utópica de la fantasía estaría fuera de lugar y sería sólo un ocioso juego de la mente. El cuadro saturado de realidad es abstraído de la misma realidad —éste es el caso ideal— y puesto en ejecución. El modelo de estructura del orden cultural prospectivo se vuelve estímulo y substrato para meditación ulterior, y proyecto legítimamente objetivo. Así va madurando una concepción realista del orden. El anteproyecto cada vez más detallado de un mapa en relieve ayuda en el perfilamiento de la *terra incognita*. El esfuerzo objetivo de los pioneros de la naciente "sociedad culta" (terminología de Drucker), toma también parte en la clasificación de las zonas del campo cultural que se concreta, zonas en que desemboca en cada caso: escritores, pintores, escultores, arquitectos e inspirados por la religión trazan sus huellas en el campo de la cultura y cooperan para abrirse sus caminos. En el estadio inicial el campo concreto no es aún diáfano, sino sólo confusamente estructurado; se forman vórtices de irradiación religiosa, intelectual, artística, que conducen a ensayos vacilantes. Tales vórtices son provisionalmente las garantías que en forma positiva convencen de la seguridad y credibilidad del afán constructivo en derecho y política, en teatro, en música moderna, pintura, filosofía y metafísica; ellos constituyen las reservas contra la suicida "fijación" negativa de los "críticos de la cultura", desde Heidegger, Jaspers y Sartre hasta los criptorrevolucionarios de todos los matices de partido, que fanáticamente "llevan las cosas demasiado lejos". La programación experimental de un orden de cultura pluri o más bien omniestratal, a pesar de todas las decepciones de la amenaza de guerra atómica y de la desordenada embriaguez de las masas consumidoras, va acompañada por una interna seguridad, que partió del expresionismo de los héticos Años Veinte. La norma positiva de un periodo inicial, de ese primer acto de una presumible elevación cultural, no es totalmente segura.

Falta también el engañoso sentimiento de seguridad de la época Victoriana o Guillerminiana, de los hombres con las "cabezas estrechamente unidas" (Nietzsche refiriéndose a los historiadores nacionales). Esta vez la seguridad no se busca en la esfera egocéntrica de aquellos que con carácter familiar, laboral o nacional están "entre ellos", sino en la esfera de gravitación de regiones enteras de elementos objetivos, que primero han de ser aún conquistadas, y que dejan tras de sí las pluralísticas perspectivas de intereses. Quien se halla proscrito por sus *pattern*, se libera de la "fijación" negativa de la crítica de la cultura (para emplear el término de Sigmund Freud adecuado aquí).

d) *La estructura fundamental del campo ante su concretización*

Juntamente con nosotros, como hombres de cultura y miembros de un pueblo de cultura en formación, nace de los vórtices de un acaecer espiritual un omnihumano y concreto campo cultural. Nosotros nos movemos en el fluido del campo, en el derrotero de sus corrientes y contracorrientes, antes de que las zonas del campo y sus potenciales se depositen en un relieve objetivamente captable. La tensión dramática, que precede al desarrollo temático del próximo acto, puede elevarse en el intermedio, en que sólo aparentemente no sucede nada, hasta lo intolerable. Así, en el intervalo, las líneas de fuerza del campo, antes de la concretización temática del fluido del campo, pueden repercutir directamente incluso en intensidad peligrosa como cables de fuerza descubiertos que se comunican. Al principio del acto, el instalado en el campo está expuesto al contacto inmediato con la línea de alta tensión. Una cultura concreta como la medieval se propaga —en este caso durante el periodo románico primitivo— desde un centro de excitación de alta tensión, en cuya proximidad no puede vivir, por peligroso, ningún otro ser. Al carácter fundamental del campo le falta toda comprensibilidad empírica. Pero se trata fundamentalmente de la *esencia* de un campo existente, se trata de una compleja y graduada legalidad estructural, que es *encontrada* en el existente-concreto. En contraposición a la estructura del campo físico, que pertenece al sector del pensamiento teórico y no al de la realidad natural empírica, la estructura del campo cultural es *realizable* y *encontrable* en la experiencia de la persona, la cual sin duda constituye juntamente el campo. La persona puede representarse internamente la legalidad fluidal de su campo, por la que es requerida, como algo en lo que participa. Reflexiona sobre el medio de su existencia y descubre su propio y múltiple estar inserto. La esencia del campo, su centro de excitación y su tensión diversamente graduada, la característica propiedad universal de la esfera fenoménica de la cultura, son insuprimibles e indestructibles, dadas juntamente con la autopresentación de la persona individual. Yo tropiezo

conmigo mismo en este medio, me hago presente a mí mismo en él, aparezco en él, me desarrollo en él y vuelvo ahí a mi estado originario. Pero además, este medio, esta esencia fundamental y experimental, es siempre el medio de una concreta existencia única, inconfundible e insustituible, que no permite alternativas. La existencia concreta del hombre de cultura se arrastra a través de los milenios como un único e individual drama fatalista, como un *factum unicum*, cuyo desciframiento jamás puede agotarse.

El campo fundamental de la cultura, sin embargo, es tan falto de *substrato* como el campo físico. Su ser no está localizado ni materializado. Todo "ser" que se le pudiera atribuir, se reduce a la simultaneidad espacio-temporal de su forma de acción unida en sí a manera de fluido. No tiene nada de común con el *continuum* del supuesto fluir físico de la experiencia, ni ofrece indicación sobre algún medio omniunitivo de un fluir ficticio del acaecer histórico. El carácter de campo no es afectado por el hecho de que las acciones y procesos concretos, que a menudo dan ocasión a un hipostasiar óntico de "la" historia, sólo acepten, a la luz del pensamiento crítico, conexiones transversales identificables. Del carácter de campo de los fenómenos no se puede derivar ninguna conexionalidad óptica colectiva. Las representaciones globales de "la" historia, de "el" futuro, de los *trends* irresistibles, de las etapas necesarias de la historia social, con las que maniobran los dirigentes ideológicos, son productos seudológicos de ilusiones.

Las propiedades estructurales básicas del campo se pueden desarrollar desde las zonas límite diametrales. El campo está abierto a la naturaleza y a lo numinoso, y desde ahí queda expuesto a las más tenaces corrientes inductoras "procedentes de la atmósfera". El dramático-temporal carácter histórico del campo y su marcha a través de la temporalidad están determinados por la cambiante reacción de las zonas límite sobre las cambiantes inducciones, imprevisibles desde las regiones que se elevan radicalmente sobre todo lo humano y cultural.

e) *Construcción del campo de fuerza concreto cultural*

De la concretización de los fenómenos del campo cultural son responsables, pues, los substratos preparados por la técnica, los materiales de la naturaleza, las ondas de luz y de sonido, las materias y procesos orgánicos. La técnica, cosa habitual en la zona civilizada del campo, guarda materiales de construcción y fuerzas llevados del dominio de la naturaleza a formas de intención teleológica. Por otra parte, la persona humana, como "partícula" constituyente también del campo de fuerza, lleva al campo cultural la disposición orgánica biológico-cultural como pertenencia o dote. La disposición somática del hombre que actúa resulta componente de la concretización de los testimonios de la religión, de las obras del arte y de la literatura, y de las

manifestaciones y construcciones de comunidades político-culturales. Como fenómenos del campo cultural la religión, el arte, la *politeia*, la ciencia, no son sin duda abstracciones mentales o elementos distintivos sacados del "concreto que nunca puede ser agotado mediante características particulares", sino, invariablemente, estructuras fundamentales concretizadas y que sólo existen en forma concreta individual, zonas estructurales características para siempre de un determinado desnivel, las cuales desde el nacimiento de la cultura primaria de Egipto y Sumeria construyen de una vez por todas el campo de fuerza cultural. En un encuentro religioso auténtico, que conmueve a la persona entera y se transforma, con lo "totalmente diverso", todo encuentro humano resuena a través de la extensión temporal del campo de la cultura, el campo originario de todo encuentro es excitado y la situación religiosa primaria del *fertile creszent* del cuarto milenio entra en íntima vecindad anímico-espiritual.

Aun cuando el acceso a un concreto campo cultural secundario tenga que ganarse previamente, como en la situación uniestratal de la presente civilización mundial hipertrofiada, el que busca queda expuesto a la concreción entera del campo cultural de muchos milenios. En lo aún-no-perfecto resplandece frente a él la superabundancia de lo perfecto. A la prepotente e impresionante plenitud de los rostros y figuras toma él valoraciones, con las que puede guiarse como con partituras de los complejos de la realidad.

Una vez que se ha alcanzado el plano de la esfera fenoménica concreta, se facilita la tarea y el trabajo del hombre creador. La misma zona actuante del campo de fuerza toma posesión de él en cierto modo y lo acoge bajo su dirección. La iniciativa y la determinación del rumbo de la actividad son quitadas de su mano. Se lleva a cabo un cambio de dirección del yo hacia el irradiante contenido objetivo, el cual exige su propia construcción. El "ordenado" se expone al encanto mágico del medio catalizador de leyes de estructuración objetivamente proporcionadas.

Sin embargo, no puede dejarse sin atención el que la actitud egocéntrica es y permanece constitutiva para la zona elemental de la civilización. Pues el afán político-económico de poder forma la inalienable y necesaria base vital del campo de la cultura. Si la persona se abre a las zonas superiores, la endurecida conciencia y la corteza del proceder práctico de intereses son rotas siempre de nuevo, creciendo, sin embargo, en forma incontenible y con fuerza la vitalidad determinada instintivamente. Ésta trabaja en la base civilizadora del edificio de la cultura y levanta en la época industrial los fundamentos "ciclópeos" (Nietzsche) del mundo del trabajo. El nexo estructural del todo de la cultura no permite que la violencia de la ambición egocéntrica sea rota tan fundamental y radicalmente, como lo querrían ver religiones ascéticas y enemigas del mundo. La religión primaria del *fertile creszent* implicaba una misión constructiva de la civilización práctica, como

se contenía en los cien preceptos del dios sumerio Enki. La civilización es el mediador de corrientes de energía, que están cargadas de fuerzas naturales y han sido transformadas por la civilización para utilidad y provecho de la cultura. Sus impulsos son inquebrantables dentro de sus zonas. Al mismo tiempo, si se cambian a las zonas del campo de fuerza determinadas por una realidad espiritual, están abiertas a formas de existencia elevadas, extrañas, sustraídas a lo determinado por un propósito utilitario.

Dentro del campo de fuerza se manifiestan a veces en el individuo expuesto, simultánea o sucesivamente, algunos sonidos reforzados. Así describe el envejeciente Miguel Ángel, igual que J. S. Bach más tarde, cómo las corrientes religiosas de la Gracia y el mensaje de salvación del Crucificado irrumpen con avasalladoras pretensiones probatorias en medio de la zona artística vuelta una segunda naturaleza. En los artistas de los densos periodos formativos, en la época egipcia antigua, griega primitiva o románica, la relación de tensión entre la zona místico-numinosa y la espiritual-artística permanece fluctuante e indecisa; la creación por la mano del hombre va adquiriendo una cristalizadora fuerza propia sólo en forma tímida y a tientas. La densidad de los periodos formativos no permite aún el ensanchamiento de una zona de intereses prácticos organizados y entrelazados. En los conflictos culturales de interzonas no adquieren importancia los intereses colectivos homogéneos. A través de órdenes, monasterios, universidades, consagraciones feudales de caballeros y pruebas de operarios y maestros religiosamente sancionadas, el individuo está dispuesto a entrar en la zona cultural selectivamente afín como miembro de la *politeia*, del gremio de artistas, del monasterio colonizador o de la Iglesia educadora del continente. No es necesario ningún paso duro y abrupto de la zona egocentrada de auto-interés más o menos colectivo a las zonas centradas según orden y contenido. Caballeros ladrones empedernidos, duques autócratas con sus partidarios, y ciudades rebeldes, sólo constituyen nidos de resistencia aislados, y no un dominio particular soberano y autárquico con pretensión de universalidad.

Para el hijo y heredero de un soberano "legítimo", de un pintor eminente y creador de escuela, de un arquitecto y de un clérigo, la empinada ascensión a una región no familiar a él pertenece a la normal esperanza de la vida. Sin mucho vencimiento interior y con el *consensus* de quienes lo rodean se dirige a una forma de existencia elevada, por más que parezca poco práctica y lucrativa. De nacimiento está familiarizado con las situaciones atrevidas y riesgos, que son su destino en un plano existencial de alta tensión. Por encima de abismos, sin embargo, el sendero está conectado. El drama de la existencia está condensado en actos y escenas decisivas, que se mantienen unidos por el calor de un constante ser partícipe y por el ritmo y la interna consecuencia de la sucesión de escenas.

Con el cambio a la elevada forma de existencia el cocreador queda ex-

puesto a las ondas de excitación y a la intensidad de los acontecimientos extraídos de la zona íntegra del campo de fuerza. Vasari describe cómo las logradas obras de un Giotto, de un Luca della Robbia, de un Brunelleschi y de un Masaccio son festejadas por la comunidad ciudadana en medio de procesiones como acontecimientos civiles, que enardecen la *politeia* y conducen hacia una nueva era del estilo. Al final, la comunidad ciudadana entera seguía tras el imponente cortejo fúnebre de Miguel Ángel. Las formas espirituales de la fantasía descubren procesos en lo más íntimo de la *politeia*. Irradian sobre los acontecimientos políticos y elevan el nivel de la zona política del campo de fuerza. También se hace llamado al espíritu receptor, que se abre como un botón cuando lo toca la onda de acontecimientos creadores y adquiere consistencia, una vez que se ha dilatado. Pues la obra que se lleva a cabo en él, repercute irradiando en él y fecunda su fantasía. Zonas densamente cubiertas del arte, de la filosofía, del orden jurídico político actúan como estructuras sobre una generación que va creciendo. En torno a centros de cristalización se agrupan nacientes hombres de cultura y un naciente pueblo de cultura. Éste es determinado y formado desde la estructura fortalecida. La estructura no es en modo alguno producida por el pueblo, como les gusta suponer a los románticos, a los visionarios ideológicos y a los místicos nacionalistas. Se ha dado el paso decisivo para el nacimiento de un pueblo de cultura, cuando en medio de una onda de conmoción religiosa tiene éxito un establecimiento en un terreno elevadamente situado, el cual atrae a estos nuevos colonos, a quienes promete suelo firme. Son las conquistas espirituales de los tempranos periodos formativos en las regiones del mito, de la arquitectura, de la sabiduría y de la organización del derecho, entre las cuales es excelentemente criado un pueblo de cultura. La formación empieza desde arriba, desde los pisos superiores de una estructura del campo cultural, no desde abajo. En este nexo de tensión la *entrega* es la virtud de aquel que se siente llamado y afectado. Él descubre sentido para sus más personales negocios, deja que su potencial sea elevado y recibe iniciación y bautismo. La forma de inclusión es, realmente, en los grados éticos primitivos, un rito inmanente a las estructuras del campo y que debe atraer mediante participación. El medio coherente y estimulante de la música, literatura, filosofía, arte de gobernar y arquitectura medievales es aún un rito que comprende el ritmo total de la existencia y todos sus elementos y etapas.

La presencia completa de la zona del campo de fuerza se extiende ampliamente por encima de la capacidad de comprensión de la persona individual. Ésta descubre su estar inserto, cuando sucumbe a la resaca de la realidad que se forja a sí misma, y tiene en la estructura adquirida medidas internas para valorar la sobreabundancia de fuerzas culturales y para mantener su altura de nivel. De ellas parten incitaciones para nuevos rasgos re-

veladores, que conducen más profundamente al dominio de las cosas. Lo alcanzado una vez se convierte en acicate del esfuerzo y en medida de lo por alcanzar.

Nunca un compartimiento del edificio cultural nítidamente aislado es el que habla al individuo y lo dilata; más bien se expone él cada vez a la cambiante y vívida inestabilidad del campo *entero*. A pesar de toda la monumental constancia de las leyes estructurales del campo, éste participa en dos dimensiones de la inestabilidad de todo lo viviente: en su transformación de fases histórico-dramática, y en segundo lugar, en su riqueza interna de potenciales, vórtices, centros de excitación, desniveles y posibilidades de elevación. Los centros de cristalización en torno a los cuales se agrupan la persona y la comunidad, son cualquiera otra cosa menos rígidos, pues en ellos se cruzan corrientes de diverso nivel. Las periféricas entre éstas son penetradas y conducidas por las más poderosas y profundas, y todas son mantenidas en tensión por las de marcha opuesta. En el campo de la cultura no se pueden señalar líneas de fuerza simples y generales, pues la estructura del campo se ordena según los ritmos de la fantasía creadora y en la zona central de la civilización según las leyes de la *ratio* matemática establecedora de orden. Éstas dejan sus huellas en la zona elemental de la *praxis*. La propia regulación automática de la combinación de intereses económicos y políticos, que hace su juego a espaldas de los participantes, ofrece además un testimonio marginal del poder de la *ratio*. El hombre inserto no se escapa en ninguna parte a las influencias estructurales del campo, que él, como partícula, juntamente constituye de grado o por fuerza y sobre el cual en el mejor de los casos irradia creadoramente. La legalidad del todo trasciende más allá de la ley de la naturaleza supuestamente brutal, pues el campo de la cultura tiene en la personalidad cultural una de sus fuentes originarias. El hombre de cultura se mantiene firme bajo la ley propia de cada zona, una vez que ha ganado el suelo de la objetividad y que la diferenciada personalidad fue transferida al campo entero.

f) *Los cuatro modelos complementarios del campo cultural unitario*

Comparado con el campo físico, el campo cultural es un complejo de orden superior. La esfera fenoménica cultural es, sin duda, unitaria, pero con todo nunca debe desatenderse de un golpe su riqueza de tensión y de perspectiva. Los componentes estructurales divergen entre sí y son incommensurables. Pero a pesar de toda la discrepancia, son indispensables para la edificación del conjunto entero. Como contribuciones co-operativas a la unidad de la esfera suprazonal son —para emplear el análogo término físico de Bohr— “complementarios”. Siendo, vistos desde fuera, *disparati*, se combinan no obstante unos con otros *en* el conjunto de lo real. Con ello cae

el peso decisivo sobre su combinabilidad, pues no puede sostenerse fuera del campo una posición desde la cual se pudiera contemplar la estructura del campo y juzgar sus componentes como *disparati*.

Los aspectos complementarios, que tienen en cuenta las tensiones heterogéneas en la construcción de la estructura, pueden aislarse hipotéticamente en experimentos mentales y de ahí en adelante hacerlos visibles bajo la forma de construcciones modélicas.

La separación hipotética sugiere el establecimiento de cuatro de tales modelos. Sólo tomados juntamente pueden producir un óptimo y adecuado *pattern* de la esfera fenoménica cultural o campo de fuerza. Cada modelo tiene que ser contemplado en cierta forma como complementario del otro, de manera que juntos, como una especie de *super-pattern*, ayuden a actualizar el conocimiento del campo de fuerza cultural. Se trata de direcciones que tienden a separarse centrifugamente, pero que todas al mismo tiempo y sólo unas con otras forman integralmente el orden estructural del campo de fuerza.

De los cuatro modelos conocitivos dos son declaradamente contrapuestos: el modelo de normas y el modelo del proceso temporal. Aquél es el modelo de la cultura primaria, originaria y ejemplar. Es estático, orientado de arriba hacia abajo, y singular. El modelo del proceso temporal está estructurado en forma histórico-dramática. La pluralidad de culturas concretas y la periodicidad han sido acogidas en el modelo. Es dramático y horizontal, orientado hacia el comienzo y final de acto.

Los dos modelos siguientes, el modelo de fases y el modelo de interiorización parten de las diferencias de tensión constitutivas e interno-espirituales del campo. El modelo de fases hace referencia a la polaridad de dos zonas limítrofes, de la numinosa y de la práctico-utilitaria. Éstas son responsables de la cambiante antitética entre el grupo de estructuras espiritual y el práctico, determinado por la naturaleza. La civilización científico-técnica y económico-política se sitúa en la secular disputa de límites con la región zonal filosófico-artística y de inspiración religiosa. El piso inferior (llamado civilización) y el piso superior de la cultura vacilan en un equilibrio inestable. En las fases formativas de conmoción religiosa, que se propaga en formación compacta, el punto de gravedad del complejo antitético de relaciones se traslada hacia la zona limítrofe superior, y en las fases "ciclópeas", determinadas por el instinto e imperialistas, se traslada hacia la inferior. El medio de integración lo constituye una vez el rito; otra, lo constituye la organización racional.

El modelo de fases está determinado en forma interno-estructural. Para el modelo del proceso temporal el motivo impulsante estructurador es el dramático deseo metafísico de aventuras de un pueblo de cultura, que nace de un encuentro con lo infinito y que inicia como actor el drama de un

pueblo de cultura. El motivo correspondiente para el modelo de fases es, por el contrario, un ímpetu de igualdad condicionado en forma interno-estructural: a fases decisivamente determinadas por el espíritu y la fantasía siguen con interna necesidad fases práctico-civilizadoras y sistemáticas, determinadas finalmente. Una obertura formativa y cerrada estrechamente en sí traza con propio ímpetu, como un suplemento, la fase final, llena de energía y totalmente organizada, que se descarga en la amplitud de los conflictos de intereses. En ella el logos procedente de regiones creadoras se reparte como *ratio*, como pensamiento matemático, empírico y constructivo. La intensidad inicial se pierde en la amplitud de una acción ordenadora.

Para el modelo de fases es característica la inclusión simultánea de las zonas estructurales espiritual-autónomas y las orientadas de modo práctico-final. Las zonas diferenciables se compenetran en el campo de fuerza omnies-tratal. Ciertamente están ahí separadas por medio de infranqueables ondas de energía, pero, con todo y la distancia, se mantienen juntas e inseparables precisamente por los desniveles. Fases separadas en grado extremo son las que menos pueden aparecer y persistir aisladas. Se corresponden unas a otras como ritmos que crecen y decrecen. A la formativa cultura primaria de Egipto y Sumeria sigue la civilización universal de los Iranios y Persas; a la primitiva Antigüedad sigue el Alejandrinismo; a la Antigüedad el Mundo Árabe orientado civilizadoramente; y a la cristiana Edad Media filosófico-artística, el modernismo dominado por la *ratio* científico-técnica y por el afán de poder económico-político, cuyo final se anuncia actualmente. La cultura primaria egipcio-sumeria es ejemplar como original de todas las futuras organizaciones estructurales. La línea de los encuentros *primarios* y el punto de reunión entre una actitud autónomo-espiritual-religiosa y las de finalidad práctica, que se señala en la cultura original, es y queda como la línea normal o regla para las culturas posteriores, conforme a la cual se fija el grado máximo o el grado mínimo de cultura espiritual o práctica en las fases sucesivas. Puede pronunciarse con interna legitimación y con poder de convencimiento el juicio de que a lo por primera vez originalmente creador, al acto primario de creación, aun en el caso de la cultura naciente, le es inmanente salud, normalidad del más alto rango y ejemplaridad que no puede ser sustituida por nada ni superada. En el modelo de fases, las que corresponden al complejo desplazamiento interno de la estructura son medidas conforme al modelo de normas.

El modelo de interiorización, igual que el modelo de fases, hace referencia a funciones estructurales internas. Pero esta vez la divergencia fundamental se extiende hasta el más íntimo anudamiento del campo mismo, hasta aquello que "mantiene unido en lo más íntimo" al campo.

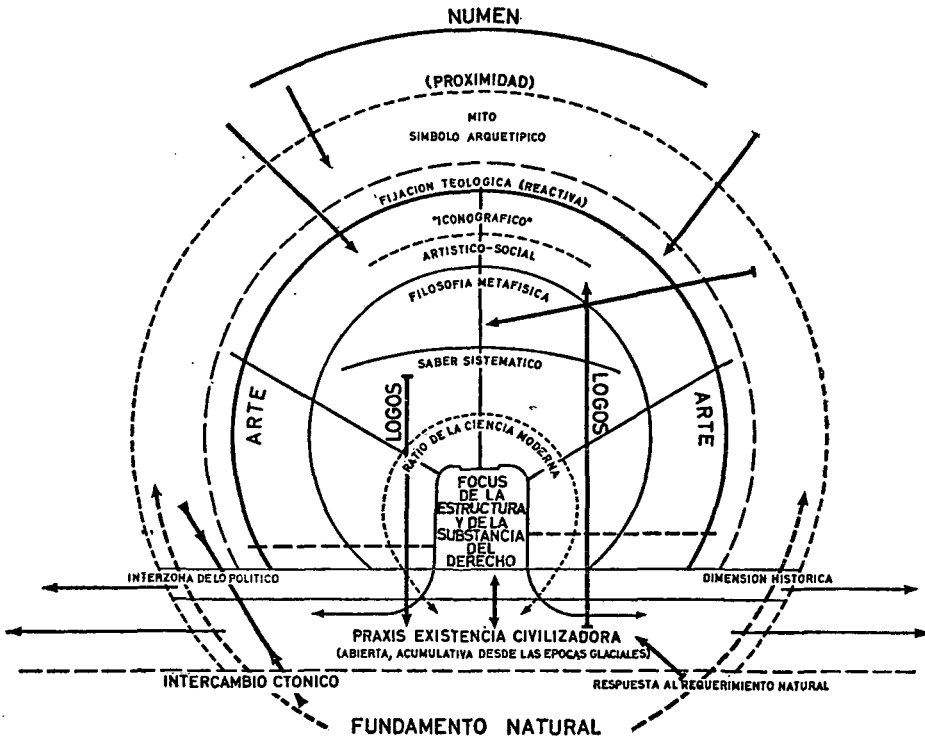
La persona, como partícula del campo, es considerada en la multiplicidad de sus relaciones, ordenadas inclusiva y sobrepuestamente, para con las

estructuras del campo de fuerza, que forman el medio de su existencia y de su influjo. En la persona se lleva a cabo un enriquecimiento estructural de alcance y plenitud de contenido diversamente graduados. Comienza a nutrirse de las zonas de lo numinoso, del logos, del arte, de la *politeia* y de las estructuras del Derecho. Con su dilatación y plenitud estructural interna se vuelve más pesada, como que se hunde más profundamente en el campo de fuerza y gana terreno en las zonas de tensión. Mediante una propia estructuración viene a ser de la misma clase que las zonas superiores y se impregna del espíritu de la esfera con la que se familiariza. Juntamente con el campo de fuerza que avanza en la dimensión temporal puede ella, como los senadores de la Roma posterior, que influían justificadamente en la corte del Emperador cristiano Teodorico, ayudar a tender un puente entre épocas heterogéneas, más aún, entre el abismo de los tiempos. La persona "interioriza" los elementos juntamente con su dramática vivacidad. De este modo el "espíritu de los acontecimientos" actúa inspirando.

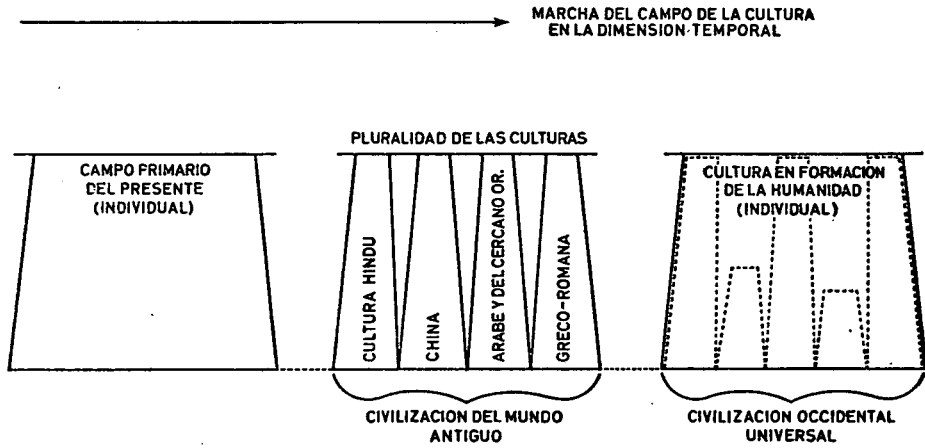
HUGO FISCHER

(traducción de Bernabé Navarro)

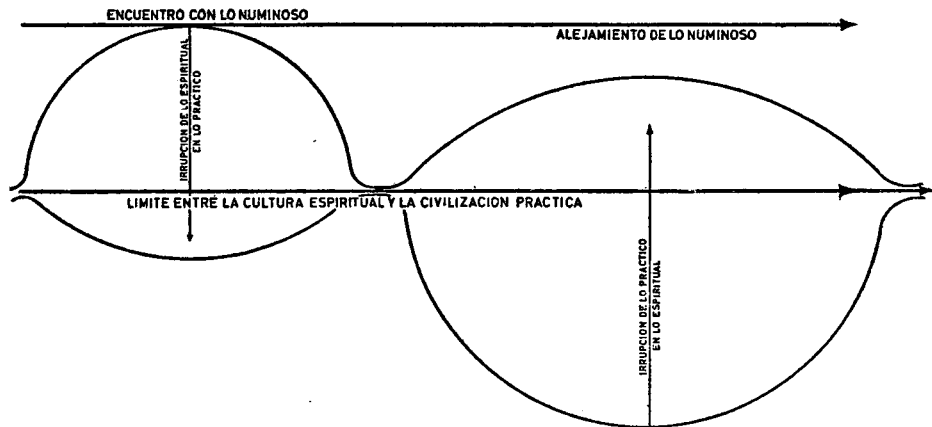
MODELO DE NORMAS



MODELO DEL PROCESO TEMPORAL



MODELO DE FASES



MODELO DE LA INTERIORIZACION

